



PRUEBAS EN MATERIA AMBIENTAL EN MÉXICO*

Karla ACOSTA RESENDI

La expresión “medios de prueba” designa las actividades, objetos o datos que permiten a las partes en litigio y a las autoridades jurisdiccionales llegar a la convicción sobre la existencia o ausencia de un hecho o acto relacionado con la materia procesal sobre la cual tendrán que decidir.

Resulta oportuno abordar la problemática de la valoración de pruebas desde dos puntos de vista: uno lineal, que implica la función directa de la autoridad administrativa, y otro triangular, en el cual el conflicto ambiental se somete a la jurisdicción de un juez. Así, se presentan dos momentos, uno que ocurre cuando el juzgador lleva a cabo la valoración de los medios de prueba ofrecidos por las partes en litigio, y otro cuando la autoridad ambiental *substancia* un procedimiento administrativo derivado de la aplicación de la ley ambiental.

La valoración de las pruebas ofrecidas en un juicio o un procedimiento administrativo se dificulta, ya que deben presentarse conforme a derecho, ser necesarias y tener relación con el fondo del asunto, es decir, con la litis que versa sobre la responsabilidad por haber infringido la ley ambiental. Al momento de pronunciarse al respecto, jueces y autoridades suelen tener dificultades en virtud de tratarse de pruebas técnicas cuya admisión requiere de conocimientos especializados en materia ambiental y, de admitirse, aun sin tener relación con el asunto, deberán ser valoradas por el juzgador.

Cabe mencionar que en términos de la legislación procesal mexicana, la carga de la prueba para desvirtuar una afirmación de las autoridades administrativas sobre el hecho de haber causado un daño al ambiente o a los recursos naturales corresponde al particular; sin embargo, en con-

* 2008.

formidad con el Código Federal de Procedimientos Civiles y con miras a determinar infracciones a la normatividad ambiental y la existencia de daños ambientales, jueces y autoridades administrativas podrán decretar la práctica, repetición o ampliación de cualquier diligencia probatoria a través de los medios probatorios reconocidos por la ley, a saber: confesión, documentos públicos o privados, dictámenes periciales, reconocimiento o inspección judicial, testigos, fotografías y medios reconocidos por la ciencia.

Respecto a los peritajes, muchos son realizados por personal de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa), que debe observar todas las formalidades de la ley para su rendición; pero dada su complejidad técnica, en casos de peritajes especializados, se suele recurrir al auxilio de instituciones académicas, centros de investigación y organismos del sector público, social y privado. Ahora bien, ocurre que los resultados de los peritajes rendidos por los infractores son contrarios a los obtenidos por los peritos de las autoridades, y dada la necesidad de dar certeza y objetividad a la resolución de fondo del asunto, se hace necesario entonces contar con el dictamen de un perito tercero en discordia, que será designado por el juez o por la autoridad ambiental. Corresponderá al juez o a la autoridad administrativa fijar el resultado final de la valoración de los peritajes ofrecidos.

Por lo que se refiere a la valoración de la prueba documental, considerada uno de los medios probatorios de mayor fuerza y presencia en la fase probatoria, se requiere de conocimientos ambientales especializados, en el entendido de que se trata de documentos emitidos por autoridades competentes revestidas de fe pública. Empero, ¿qué sucede cuando el particular ofrece a su favor documentos públicos y privados para probar o desvirtuar el hecho mismo sin que la autoridad juzgadora tenga la certeza de que tales documentos guardan relación directa con el asunto? Tal situación imposibilita otorgar a la documental pública un pleno valor probatorio respecto del hecho que se pretende probar.

Por otra parte, el reconocimiento o la inspección judicial —conocidos como diligencias— revisten gran relevancia para facilitar la tarea de apreciación de los hechos por parte del juzgador, toda vez que proveen pruebas con las cuales aclarar o fijar los hechos relativos al litigio sin requerir conocimientos técnicos especiales (basta con el levantamiento de un acta que puede incluir fotos y planos del lugar).

EVIDENTIARY ISSUES IN MEXICO*

Karla ACOSTA RESENDI

The term “evidence” refers to the activities, objects or data enabling the parties to suit and the judicial authorities to arrive at their conclusions as to the existence or absence of a fact or act related to the procedural matter under review.

Evidentiary issues should be addressed from two standpoints: a linear standpoint, referring to the direct function of the administrative authority, and a triangular standpoint, where the environmental dispute is subject to the jurisdiction of a court. Thus, evidence is weighed at two different times, first when the parties to suit submit proof for discovery, and again when the environmental authority substantiates the proof in an administrative proceeding on environmental law enforcement.

The assessment of evidence offered in a lawsuit or administrative proceeding is difficult because the proof must be necessary, presented according to law, and related to the subject matter, i.e. the question of liability for an environmental offense. When such pronouncement is made, judges and authorities often hampered by difficulties, as technical evidence requires specialized environmental knowledge, and even if not related to the matter still must be assessed.

Pursuant to Mexican procedural law, the burden of proof to disprove an assertion of the administrative authorities on damage caused to the environment or natural resources lies with the private interest. However, under the Federal Code of Civil Procedures (*Código Federal de Procedimientos Civiles*), and for purposes of determining environmental offenses and the existence of environmental damage, the courts and administrative authorities

* 2008.

may order the performance, repetition or extension of any evidentiary proceeding using the means of evidence provided by law, such as confession, public or private documents, expert reports, judicial inspections, witnesses, photographs and other means recognized by science.

Expert witnesses are often personnel of the Office of the Federal Attorney for Environmental Protection (*Procuraduría Federal de Protección al Ambiente*—Profepa), who must observe all legal formalities when rendering their testimony. However, given its technical complexity, specialized testimony is usually sought from academic institutions, research centers and organizations in the public, social and private sectors. As the expert testimony offered by offenders often contradicts the testimony rendered by the experts provided by the authorities, and given the need for certainty and objectivity in the final ruling, a third-party tiebreaking expert is designated by the court or environmental authority. The judge or administrative authority is responsible for determining the final outcome of the expert testimony offered.

Documentary evidence is regarded as the strongest and most reliable in the evidentiary phase requiring specialized environmental knowledge, provided that the documents are issued by competent authorities given full public faith. But, what happens when the party offers public and private documents to prove or disprove the fact, and the court is uncertain whether such documents directly related to the matter? This prevents the public document from being given full evidentiary weight with respect to the fact to be proved.

In addition, judicial inspections (known as *diligencias* in Spanish) are key to facilitate the court's discovery, as they offer proof to clarify or set the facts relevant to the suit without requiring special technical knowledge (completed simply with a report that may include photographs and diagrams).